

LAS BRUJAS
SUPERVIVENCIA DE UN MITO MEDIEVAL
ENTRE LOS CAMPESINOS DOMINICANOS

DENISE PAIEWONSKY

La creencia en brujas está aún tan arraigada en muchas áreas rurales de la República Dominicana que sin duda la mayoría de la gente habrá oído hablar de estos seres malignos que salen de noche a chupar la sangre de los niños campesinos. Según la creencia, las brujas son mujeres que han hecho un pacto con el demonio mediante el cual renuncian al poder de Dios y se entregan al del diablo, recibiendo a cambio la facultad de volar. Estas mujeres malvadas aprovechan entonces el descanso nocturno para entrar a las casas a chupar la sangre de los niños pequeños, quienes, a consecuencia de repetidas chupadas, empezarán a manifestar una serie de síntomas característicos: debilidad, descoloramiento de la piel y del pelo, enflaquecimiento de las extremidades e hinchazón del vientre, inapetencia y desmejoramiento general. De no tomarse a tiempo medidas efectivas contra la bruja, el niño "chupado" eventualmente morirá.

El mito de las brujas forma parte de un sistema bastante extenso de creencias sobrenaturales encontradas a todo lo largo del territorio nacional, y por lo general se le agrupa con aquellas de origen africano bajo el título genérico de "brujerías". Nuestro intenso chauvinismo cultural, que identifica lo europeo (hispánico) con los atributos "civilizadores" de la racionalidad, la tecnología y el cristianismo, y lo africano con la superstición, la irracionalidad y el atraso tecnológico, nos hace automáticamente asociar la

creencia en brujas con la herencia cultural africana, cuando en realidad sus orígenes son **exclusivamente europeos**.¹ La ironía mayor es que muchos de los elementos centrales del mito fueron doctrina oficial de la Iglesia Católica medieval, que durante siglos lo utilizó como estandarte y justificación para el aniquilamiento de millones de mujeres durante la época infame de la quema de brujas.

En este artículo nos proponemos explorar dos fenómenos aparentemente muy disímiles, que en el fondo están íntimamente conectados por el cordón umbilical de la historia: por un lado, el fenómeno de las brujas medievales, y los hechos y circunstancias que explican su surgimiento y posterior exterminio; por el otro, la supervivencia de la figura de la bruja, con muchos de sus atributos medievales, en la mitología cultural del campesinado dominicano.

El foco principal del trabajo será un análisis feminista de los orígenes ideológicos e históricos del mito/realidad de las brujas, que, además de establecer su ancestro europeo, nos permita una comprensión más cabal del marco ideológico a partir del cual la cultura occidental ha definido la naturaleza y el carácter de la mujer. Es nuestro argumento que este paradigma de lo femenino, cuyos rasgos fundamentales resultan aún sobradamente fáciles de rastrear en la cultura occidental contemporánea, fue el catalizador principal de la cacería de brujas. La mera existencia del paradigma no actuó, sin embargo, como condición suficiente; otras circunstancias, en particular aquellas relacionadas a la búsqueda de hegemonía político-ideológica de la Iglesia, jugaron un papel determinante. Pero el paradigma sí actuó como condición necesaria: sólo partiendo de la aceptación generalizada de una visión de la mujer como intrínsecamente pecadora e inclinada a la maldad pudieron las instancias de poder de la época derivar la justificación para llevar a cabo la más horrenda cacería de mujeres de la historia.

En la segunda parte, y sin pretender, de ninguna manera, agotar el tema, haremos una breve exploración del contexto socio-cultural que ha preservado el mito de las brujas en nuestro país, partiendo de una hipótesis en torno a su funcionalidad para la sociedad campesina como forma de explicar su supervivencia desde la primera época de la colonia hasta el presente.²

1. Las brujas medievales

"Hasta ahora no se ha conocido nunca el caso de una persona inocente que haya sido castigada por sospecha de brujería, y no hay duda de que Dios jamás

permitirá que tal cosa suceda".

*Malleus Maleficarum*³

Entre los siglos XVI y XVIII se estima que no menos de **nueve millones** de personas perecieron en las hogueras y patibulos del Santo Oficio, muchas de ellas tras padecer las más atroces torturas que la imaginación de los Inquisidores pudo inventar. La abrumadora mayoría de las víctimas -una proporción que diversas fuentes sitúan entre el 80 y el 99% del total- fueron mujeres acusadas de ser brujas.⁴ Este exterminio no tuvo necesariamente como escenario los lugares y las épocas más oscuras del medioevo, sino más bien lo contrario: la cacería de brujas, aunque se inició en los últimos siglos de la Edad Media, persistió hasta bien entrada la Edad Moderna (la llamada "Edad de la Razón"), reportándose en algunos sitios quemadas hasta finales del siglo XVIII. El fenómeno tampoco fue característico de áreas rurales remotas, sino que afectó las zonas más pobladas del continente, incluyendo ciudades tan importantes como Londres, París, Tolouse, Nuremberg, y Ginebra. Aunque muchas brujas fueron quemadas en Europa Oriental y del Sur (lo que explica la transmisión del mito por los españoles), la zona geográfica que concentró el mayor número de muertes se extendió de las islas británicas a Alemania.

A pesar de que la cacería de brujas fue uno de los eventos más importantes del período histórico en cuestión, tanto por el número de víctimas como por sus posibles implicaciones sociales y políticas, nuestro conocimiento de los hechos es muy fragmentario. Los historiadores de la época (y, cabría decir, de épocas subsiguientes), todos **hombres** de las clases dominantes, parecen no haber concedido mucha importancia a un fenómeno cuyas víctimas fueron casi en su totalidad **mujeres** campesinas. Con el paso de los siglos, la atrocidad fue relegada a los apéndices de los textos de historia, dando como resultado que en la actualidad los hechos permanezcan envueltos en un manto de ignorancia y misterio. Las brujas, mujeres pobres y analfabetas, no dejaron testimonios escritos, razón por la cual lo poco que se sabe de ellas y de sus actividades ha debido ser reconstruido a partir de los relatos distorsionados de quienes fueron sus verdugos. No resulta sorprendente, por ende, que los pocos relatos existentes suelan describir los hechos en términos de epidemias de histeria colectiva, con imágenes de mujeres enloquecidas entregadas a las prácticas satánicas más depravadas, y turbas de campesinos sedientos de sangre exigiendo la muerte de las idólatras.⁵

La realidad, de más está decir, fue muy diferente. La persecución y el aniquilamiento de las brujas se verificó de acuerdo a procedimientos muy bien organizados y de marcado carácter

legalista, donde la mayoría de los casos judiciales eran iniciados a instancias de las autoridades civiles y/o religiosas de la localidad. El procedimiento estipulado por las altas instancias eclesiásticas para dar inicio a una cacería de brujas consistía en una declaración pública del juez o del párroco de la comarca donde, so pena de excomunión y diversos castigos temporales, se ordenaba a la población notificar a la autoridad competente sobre cualquier persona sospechosa de brujería. Si por lo menos una bruja o supuesta bruja era denunciada, era de inmediato sometida a una serie de espeluznantes torturas -minuciosamente descritas en los manuales de los Inquisidores- hasta que ella denunciara a otras brujas, y así sucesivamente, ad infinitum. Si algo está claro es que la cacería de brujas no surgió espontáneamente de la población, sino que fue una campaña de terror organizada, instigada, financiada y dirigida por las clases dominantes.⁶

¿Quiénes eran estas mujeres y qué propósitos puede haber cumplido su aniquilamiento?

Partamos del hecho de que las brujas, esas mujeres que tanto pánico infundieron a papas, monarcas y aristócratas, realmente existieron -aunque no en la versión propagada por la Iglesia, de adoradoras satánicas que canibalizaban niños y con encantos que hacían desaparecer los testículos de los hombres. Al menos durante los primeros siglos de las persecuciones, las brujas eran simples mujeres campesinas que pertenecían a los cultos paganos que aún sobrevivían en el norte de Europa. Estaban organizadas en pequeños núcleos comunitarios, que en ocasiones especiales convergían en grupos de cientos, o tal vez miles, para la celebración de festividades religiosas.

Parece ser que hacia el siglo XII o el XIII estos cultos empezaron a atraer un número cada vez mayor de adeptas, lo que no resulta sorprendente si consideramos por un momento las brutales condiciones de vida que el feudalismo cristiano imponía a los siervos: sin derecho a poseer la tierra, los campesinos permanecían sujetos a la autoridad absoluta del señor feudal, a quien entregaban la mayor parte de su producción en forma de tributo, mientras sus familias languidecían de hambre y miseria; la lepra, las sucesivas epidemias de peste, y otras enfermedades diezmaban la población, sin que la Iglesia ofreciera más consolación que la de culpar a los pobres por sus pecados y exaltar las virtudes del sufrimiento terrenal como la mejor vía de llegar al cielo; mientras la aristocracia se entretenía masacrando infieles y violando doncellas en la Tierra Santa, la Iglesia imponía normas de comportamiento cada vez más restrictivas y ascéticas (que ni la nobleza ni el clero, dicho sea de paso, cumplían), exhortando continuamente a la flagelación y a la penitencia.

Para comprender el fenómeno de las brujas debemos tomar en cuenta la supervivencia, en distintos puntos del norte europeo, de pequeños reductos de cultura pagana, algunos de los cuales sobrevivieron hasta bien entrado el siglo XV. Mientras a la Iglesia le resultó relativamente fácil destronar a las deidades del Olimpo en la Europa mediterránea, los pueblos paganos del norte, de temperamento diferente y cultura mucho más primitiva, resultaron bastante más difíciles de convencer. Estos pueblos poseían un nivel de desarrollo tecnológico muy bajo, habiendo pasado en tiempos relativamente recientes de la caza (paleolítico) a la agricultura (neolítico). Como todos los pueblos primitivos, su religión estaba estrechamente ligada al mundo natural, y desde tiempos antiguos adoraban a Tana, diosa de la luna y la fertilidad, de la lluvia y de la magia. Más tarde, probablemente cuando descubrieron el papel del hombre en la fecundación, adoptaron una divinidad fálica, con cuerpo de hombre y cuernos y pezuñas de venado, que representaba la fertilidad masculina.

Durante siglos estos pueblos fueron víctimas de las conquistas territoriales de los cristianos, que los desplazaron hacia las montañas y las zonas más remotas, hasta eventualmente asimilarlos. Aún así, en muchas regiones de la Europa nórdica medieval la influencia pagana entre las clases campesinas era bastante fuerte, como evidencian las múltiples expresiones de sincretismo religioso con que la población adaptó la nueva religión a sus antiguas creencias.⁸ La actitud de la Iglesia hacia las influencias y costumbres paganas fue sorprendentemente tolerante durante el primer milenio, y el Sínodo de 785 inclusive estableció la pena de muerte para los cristianos que asesinasen paganos. Las circunstancias políticas de los siglos siguientes pronto transformarían la tolerancia en muerte.

Factores Ideológicos: La Mujer en la Ideología Judeo-Cristiana

Las creencias cristianas y paganas representaban polos totalmente opuestos: los paganos se identificaban con el mundo natural, rendían tributo a las estaciones, la lluvia, los animales, a la naturaleza fértil y renovadora de la cual se sentían parte. Los cristianos, por el contrario, obsesionados con su salvación espiritual y despreciando todo lo carnal, sentían un profundo rechazo hacia el mundo natural. A fin de cuentas, las tentaciones pecaminosas provenían de la carne, siendo precisamente con el mundo natural que Dios castigó a Adán y Eva cuando los expulsó del paraíso. En lo que respecta a la mujer, las contradicciones son aún más notables. Para los paganos, su proximidad al mundo natural por ser ella la reproductora de la especie había servido para elevar su prestigio: la mujer representaba la fertilidad que

la religión pagana divinizaba. En la tradición judeo-cristiana, por el contrario, estas mismas funciones fueron su maldición. En esta tradición, la separación radical entre el bien y el mal identificó lo espiritual con lo primero y lo carnal con lo segundo, y esta misma dicotomía fue aplicada a los sexos: la mujer, que menstrua, pare y amamanta la mayor parte de su vida, vino a representar lo carnal mientras que el hombre, por oposición, se definió a sí mismo como un ser predominantemente espiritual y, por tanto, mucho más próximo a la esencia divina.

Consideramos por un momento la posición asignada a la mujer en la cultura judeo-cristiana. El Antiguo Testamento está repleto de referencias a las características perniciosas que los antiguos atribuyeron al sexo femenino, empezando por Eva, que fue la causante de "la caída del hombre" y, por tanto, de la desgracia que sobrevendría a toda la humanidad. Ella fue carnal, tentadora, ambiciosa y soberbia, y Adán (y la especie humana) su infeliz víctima. Eclesiástico XXV nos advierte que toda maldad es poca comparada con la maldad de una mujer; Levítico provee toda clase de prescripciones para proteger al hombre de la "impureza" de la mujer menstruante; aún hoy en día el judío ortodoxo comienza sus oraciones diciendo: "Gracias te doy, Señor, porque no me creaste mujer". Los ejemplos bíblicos son interminables, continuando la misoginia con vehemencia en el Nuevo Testamento: San Pablo elevó su aversión personal al sexo y a la "carnalidad" de la mujer al status de principio religioso para los cristianos, codificando para los siglos por venir lo que a su juicio era el comportamiento propio de la mujer -de absoluta sumisión ante el hombre, su amo (su "cabeza", para usar el término bíblico), con la boca cerrada y la cabeza cubierta en señal de modestia y humildad. Como era de esperarse, las cosas no mejoraron nada en el medioevo. La existencia del bien y del mal, el conflicto teológico central del cristianismo, desarrolló entre los cristianos una obsesión por el demonio y el pecado, que naturalmente se tradujo en una concepción de la vida cotidiana que reproducía constantemente el episodio de la tentación en el Edén: el diablo inducía al hombre al pecado a través de la carnalidad de la mujer, casi siempre con la complicidad de ella -lo que colocó a la mujer en una posición de extrema vulnerabilidad ante los delirios demonológicos de la Iglesia.

La misoginia imperante en el catolicismo medieval alcanzó niveles insospechados. En opinión de San Juan Crisóstomo, por ejemplo, la mujer era enemiga de la amistad, un castigo inevitable, un ser de naturaleza maligna, un peligro doméstico, etc., lo que lo llevó a concluir que "entre todas las bestias salvajes no se encuentra ninguna tan perniciosa como la mujer". Santo Tomás de

Aquino se valió de la lógica aristotélica para demostrar que la mujer era un ser incompleto, más bien un varón imperfecto. Algunos teólogos llegaron a ponderar seriamente la posibilidad de que el día de la resurrección todos los seres humanos renacerían como varones.⁹

Los hebreos y cristianos no pueden, sin embargo, llevarse todo el crédito por nuestra herencia misogina; todas las civilizaciones antiguas contribuyeron con entusiasmo a su desarrollo, y existe una notable continuidad entre los mitos de todos los pueblos que incidieron en la conformación de la cultura occidental cristiana. Basta comparar, a manera de ejemplo, algunos de los mitos relativos a la creación de la mujer. Según la mitología hebrea, la primera mujer creada por Dios fue Lilith, quien desobedeció a su creador negándose a ser la esposa de Adán.¹⁰ Los patriarcas hebreos la llamaron bruja e inventaron la leyenda de que Lilith era un demonio que vagaba en la noche y atacaba a los niños. En el segundo mito hebreo -oficializado en las Escrituras- la primera mujer, Eva, personificaba igual de marcadamente la maldad, habiendo desobedecido a Dios y traicionado a Adán, para desgracia de la especie. En la mitología clásica Zeus creó la primera mujer, Pandora, como un castigo a la humanidad por la desobediencia de Prometeo, quien había robado el fuego a los dioses. Zeus entregó a Pandora una caja que contenía todas las miserias y desgracias humanas, las cuales se escaparon cuando ella, desobedeciéndolo, abrió la caja, y desde entonces atormentan la humanidad.

Es notable que todos los mitos tengan como punto de partida la desobediencia de la mujer, y todos contengan una clara representación alegórica a su perversidad sexual: Lilith, quien rehusó ser sometida a la autoridad sexual de Adán en el matrimonio, fue llamada bruja; la sexualidad de Eva sedujo a Adán y originó el infortunio de la humanidad;¹¹ todos los males del mundo estaban contenidos en la "caja" de Pandora -su vagina y su himen- y el primer acto sexual los desencadenó sobre la tierra.

En la Biblia, junto al mito de la perversidad de la mujer, aparece su complemento necesario -dada la función femenina de ser madre de la especie- que es el mito de la pureza. Si bien la Virgen María es la personificación por excelencia de esta contrapartida mítica, sus atributos habían sido determinados desde tiempos muy antiguos: los hebreos, griegos y romanos (y otros antes que ellos) habían ya decretado las características de la mujer virtuosa: sumisa, obediente, casta, humilde y pudorosa, pero sobre todo Madre -abnegada, sacrificada y sin el más leve rastro de sexualidad. La importancia de esto último es de la mayor magnitud: al tiempo que la sociedad patriarcal dicta que el mayor logro de la mujer es la maternidad, función carnal por excelencia, también

exige de ella un comportamiento por completo divorciado de su naturaleza sexual -y da bastante qué pensar la extraña ironía de que al hombre, al tiempo que se le considera menos "carnal", se le permita una expresión mucho más abierta de su sexualidad. No olvidemos que en la siquis cristiana la misma palabra "virtud" es sinónimo de virginidad, condición tan exaltada por San Pablo y San Mateo, y que el disfrute del placer sexual ha sido negado a la mujer "virtuosa" hasta nuestros días.¹² La expresión más alta de la perfección femenina es por ende aquella mujer que accede a la maternidad preservando al mismo tiempo su "virtud" -es decir, la Madre Virgen- y es interesante notar que también Buda, Platón, Moctezuma y Gengis Khan, entre muchos otros, afirmaron haber sido concebidos por una virgen.

Lo poco que se sabe -o que se ha especulado a partir de datos fragmentarios- sobre los antiguos pueblos paganos del norte,¹³ remite a una cosmovisión radicalmente diferente, donde la mujer ocupaba una posición de dignidad y respeto tanto en la ideología como en la estructura social. En particular, la mujer pagana jugaba un rol central en dos aspectos de su cultura, que la hacían merecedora de gran estima: la religión y la curación. Ambas actividades estaban íntimamente relacionadas con la esfera de lo mágico, que el animismo de los paganos identificaba estrechamente con la naturaleza y la fertilidad -particularmente la fertilidad de la mujer. La organización social/familiar de los pueblos paganos era matrilineal, y las instituciones del matrimonio y la propiedad privada les eran desconocidas. Las mujeres participaban en todas las actividades del grupo, incluyendo el gobierno y los ritos religiosos, y probablemente disfrutaban de igual valor social que los hombres.

El enorme contraste entre el lugar ocupado por la mujer en el mundo pagano y en la cristiandad feudal sugiere que la expansión de los cultos paganos representó una rebelión de la mujer campesina contra la miseria irracional del patriarcado medieval, y el retorno a una cultura/religión centrada en lo femenino. Uribe (p.14) describe el exilio mítico del paganismo, y lo que representó para las mujeres, en lenguaje cargado de evocación:

Poco a poco, no sin dificultad, las divinidades paganas fueron desterradas de los bosques, lanzadas de los campos y los villorrios. Su exilio doloroso dejó huérfana a una humanidad aún seducida por la vida, embelezada con la naturaleza, entre el espanto y el temor. Sin embargo las obstinadas diosas permanecieron aferradas durante muchos años al corazón de los pueblos; aun vivían en la memoria, surgían disfrazadas, mimetizadas en los nuevos cultos cristianos, en ritos que no terminaban de invocarlas en un grito desesperado que invocaba la vida.

La nueva gran religión entraba con su espectro de muerte, olor a cadáveres insepultos, y sus ministros portaban el lenguaje

del renunciamiento y el sacrificio. Desde entonces, una inmensa y oscura niebla envolvió el mundo durante mil años. El terror de la Edad Media comienza...

Y la mujer, ¿dónde se encuentra? En lo más hondo de la desesperación. Esta sola. Las grandes diosas han partido y, despojada de sus referentes míticos, aquellos que la premiaban con regalos de vida y de pasión, se encuentra, hoy encerrada en su cabaña, acompañada de una nueva religión que la castiga con tres mitos de culpa, penitencia y sumisión: Eva, María Magdalena y María Madre. La mujer se encontró entonces en manos de la religión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en poder de una Iglesia que la definía como pecado, y se iba entretejiendo entonces una cultura que la identificaba con el Mal, acrecentando así el odio sexocida que la convertiría en la bruja del siglo XIV.

No es de extrañar, pues, que ante el carácter opresivo de la nueva religión fuesen las mujeres quienes, en mayor medida, permanecieran fieles a los antiguos cultos que reivindicaban su dignidad y su importancia como el eje central de la creación -porque para los paganos el orden natural regía también el orden divino, y, siendo la mujer la única creadora de vida, el principio creador y eterno del universo era por necesidad femenino.¹⁴ Al mismo tiempo, el hecho de que el renacimiento pagano ocurriera entre el campesinado pobre, y fuera suprimido por los sectores dominantes de la sociedad, sugiere un elemento de rebelión de clase -y hay, de hecho, algunas evidencias que señalan la participación activa (tal vez en posiciones de liderazgo) de mujeres seguidoras de la vieja religión en las grandes rebeliones campesinas de la época.¹⁵

Factores Políticos: Hegemonía Cristiana vs. las Herejías

En los primeros siglos del segundo milenio cristiano una extraña configuración de factores empezó a tomar forma. Aunque de índole diversa -religiosa, política, y demográfica- todos afectaron a la Iglesia de una manera u otra. El primero de ellos fue el surgimiento y desarrollo de centros urbanos, ausentes hasta entonces en la Europa medieval. Dada la increíble ignorancia médica de la época, la más completa falta de higiene predominaba en estas ciudades, y la sucieza general fue fuente fecunda de toda clase de epidemias, culminando en el siglo XIII con la más devastadora de todas, la peste bubónica, que se estima causó la muerte a más de 300 millones de personas en el continente.

La Iglesia se vio precisada a explicar a los fieles la causa de estos horrores interminables y proclamó que la peste era un castigo de Dios al pueblo pecador. Sin embargo, a pesar de arrepentimientos masivos y flagelaciones colectivas, la peste persistía; el resultado fue que poco después la Iglesia determinó que el

pecado que había provocado tan grave castigo no era otro que la tolerancia de las herejías.

Culpar a los herejes, además de fácil y oportuno, ofrecía interesantes ventajas políticas a la Iglesia. Precisamente en la época en que el papado se empeñaba en consolidar su poder político -una empresa que dependía de la aceptación general de la creencia en que sólo por medio de la Iglesia se podía obtener la salvación del alma- la corrupción y la inmoralidad del clero había llegado a niveles extraordinarios. Esto había provocado un florecimiento de sectas herejes que rechazaban la autoridad papal y se adherían a un ascetismo más o menos riguroso -notablemente la de los valdenses, de quienes se dice fueron quemados por las mismas prácticas por las cuales los franciscanos fueron canonizados.

Todo grupo social que desafiaría la doctrina y la autoridad de la Iglesia -fuesen maniqueos, valdenses, judíos o paganos- representaba una amenaza contra sus ambiciones políticas y económicas. Así que, enarbolando el bastión de la fe, la Iglesia se dedicó a exterminar a los infieles.

Dentro de este trasfondo de factores políticos debemos situar también el surgimiento de la profesión médica, estimulado por el contacto con la civilización árabe a través de las Cruzadas. El espíritu profundamente anti-empírico del catolicismo, que por lo demás veía las enfermedades como una abominación más de la carne, había dado como resultado la más extrema ignorancia en asuntos médicos. Aún en medio del renacimiento de los siglos XIII y XIV, cuando por primera vez se crearon cátedras de medicinas en las universidades, los estudiantes se limitaban a aprender los más arcaicos principios médicos junto a enormes cantidades de teología -lo que nos permite comprender por qué el médico personal del Rey Eduardo II de Inglaterra, a pesar de tener un doctorado en medicina de Oxford, prescribió que el dolor de muelas de su paciente fuese tratado escribiéndole en el mentón "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, Amén".¹⁶

En contraste con la medicina de los teólogos de Oxford y París, cuyas atenciones estaban (afortunadamente) reservadas a las clases altas, las necesidades médicas del campesinado eran dominio exclusivo de las paganas, cuyos conocimientos eran tan grandes que cuando en 1525 Paracelso, el reputado "padre de la medicina moderna", quemó sus textos de farmacología, confesó que lo hacía porque "todos sus conocimientos los había aprendido de las hechiceras".¹⁷

Desde tiempos ancestrales las paganas habían sido expertas curanderas y comadronas, y durante siglos habían ido acumulando

-y transmitiendo de generación en generación- una gran cantidad de conocimientos médicos basados en el estudio empírico de las propiedades curativas, narcóticas y alucinógenas de las plantas. Estos conocimientos eran parte esencial de los rituales religiosos, que se realizaban bajo los efectos de diversas drogas, pero mayormente eran utilizados con propósitos terapéuticos: las brujas eran hábiles comadronas, que utilizaban analgésicos para paliar los dolores del parto y conocían compuestos herbales para reducir o acelerar las contracciones uterinas; eran también expertas aborcionistas, tenían grandes conocimientos médicos sobre todo tipo de enfermedades, y además practicaban la eutanasia. Todo esto en una época en que la Iglesia afirmaba que las enfermedades eran el castigo de Dios a la humanidad pecadora, y que los sufrimientos del parto eran la retribución divina por el pecado de Eva.¹⁸

Mientras las universidades graduaban médicos ineptos para atender las necesidades del clero y la aristocracia, la Iglesia seguía predicándole la línea oficial a las clases pobres: que las enfermedades eran parte del designio divino para este Valle de Lágrimas, y que cualquier paliativo contra las aflicciones de la carne era pecaminoso porque trastornaba el plan de Dios. La efectividad de las médicas paganas complicaba todavía más las cosas: si los médicos de las clases altas, todos hombres cristianos de bien, cuyas prácticas contaban por demás con la aprobación de la Iglesia, probaban ser incapaces de combatir las enfermedades, ¿cómo explicar que las ignorantes campesinas, que no habían estudiado nunca a Platón ni a San Agustín, tuvieran tanto éxito? La respuesta no se hizo esperar: la efectividad curativa de las paganas era producto de artes diabólicas. Estos poderes mágicos, para los demás desconocidos, sólo podían ser adquiridos en contubernio con el demonio, el enemigo cotidiano y omnipresente de la cristiandad.

En el seno de la sociedad religiosa medieval, dominada por la Iglesia, toda desviación era concebida en términos teológicos, así la mujer que tenía un saber propio, que era dueña de un arte curativo, que era diestra en un oficio, era considerada desviada, bruja, agente de Satanás. Y obviamente estas mujeres se desviaban de la norma porque se apropiaban de labores que eran lote absoluto de los varones.¹⁹

Todo lo anterior nos permite comprender cuán precaria era la situación de las brujas en el mundo cristiano, y cuán fácil fue para la Iglesia, una vez tomada la decisión de perseguir a los herejes, empezar a exterminarlas. Muchas paganas habían sido ya quemadas en los siglos XIII y XIV, pero en esta época la Inquisición aún concentraba sus esfuerzos en perseguir los catari, los judíos, los Caballeros Templares, etc. Fue cuando la Iglesia culminó su lucha contra estos grupos que empezó a dedicar su atención

íntegramente a las mujeres: la persecución de las paganas empezó a cobrar grandes proporciones a partir de la bula papal de Inocencio VIII en 1484, nombrando dos inquisidores especiales con instrucciones de investigar las actividades de las brujas, organizar los métodos a ser utilizados en su exterminio, y escribir un documento explicatorio que sirviese de guía a las autoridades civiles y religiosas en su trato con ellas. El *Malleus malleficarum*, publicado poco después, tuvo en el siglo XVI más ediciones que la Biblia.

El Malleus, la Mujer y el Pecado

En el *Malleus*, ese catálogo de misoginia alucinada escrito por los dominicos Heinrich Kramer y James Sprenger (los "hijos favoritos" de Inocencio), quedó plasmado el temor/odio irracional que sentía la Iglesia medieval hacia la mujer: ella es por naturaleza "un instrumento de Satán", "hermosa para el que la mira, contaminante para el que la toca, mortal para el que la posee"; "casi todos los reinos del mundo han sido destruidos por mujeres"; "el mundo ahora sufre a causa de la malicia de la mujer"; "la mujer seguirá sus propios impulsos aunque la lleven a su destrucción"; "ella es mentirosa por naturaleza"; "su gracia, su vestido, su postura... es vanidad de vanidades"; la mujer es "más amarga que la muerte", porque la muerte "es natural y sólo destruye el cuerpo, pero el pecado que surgió de la mujer destruye el alma, deprivandola de la Gracia...";²⁰ "cuando la mujer piensa por sí sola piensa en la maldad";²¹ etc., etc.

Las brujas fueron acusadas de innúmeros pecados, imputándoseles un impresionante catálogo de perversiones que iban desde el canibalismo de infantes hasta la copulación con el demonio. Pero los pecados que más parecían preocupar a los Inquisidores eran aquellos relativos a los "crímenes sexuales" de las brujas y los relativos a sus actividades como proveedores de atención médica -en particular la ayuda anticonceptiva y el aborto; El *Malleus* es más que explícito en este sentido: "Nadie hace más daño a la fe católica que las comadronas".²² Las acusaciones de infanticidio, sacrificios de niños y canibalismo también respondían a la extraordinaria preocupación de la Iglesia por la habilidad de las brujas para inducir abortos.

En cuanto a los supuestos crímenes sexuales, la imaginación de los Inquisidores parecía no tener límites. A sus ojos las mujeres eran la personificación ambulante del pecado -la esencia de la carnalidad- confabuladas con el demonio para inducir a los inocentes hombres al pecado de la lujuria. Como se decía que las brujas podían obrar estas tentaciones apareciéndose en los sueños de sus infelices víctimas, y también que había demonios femeninos (succubi) que copulaban con los hombres mientras estos dormían, podía bastar con que un joven aldeano tuviese un sueño erótico

con una muchacha de su localidad para que en pocos días ardiese ella, en la hoguera. La bruja, de quien se decía que en su ceremonia de iniciación copulaba con el diablo,² en un acto del que supuestamente derivaba enorme placer sexual, podía también transmitir este disfrute a su esposo -razón por la cual las esposas de hombres lujuriosos podían verse acusadas de inducir los pecados de sus maridos.

A las brujas también se les atribuía el poder de causar impotencia en los hombres, de hacerlos infériles, de hacer desaparecer sus órganos genitales y luego restituirlos a voluntad, y otras fábulas que parecen demasiado ridículas para haber surgido de las mentes de los teólogos más doctos de su tiempo. En fin, las mujeres se vieron acusadas de todas las tentaciones carnales que afligían a los hombres; fueron quemadas porque la Iglesia veía en ellas la obra del demonio, ya que sólo del demonio podía provenir el más grave de los pecados: la sexualidad.

Ya que a los ojos de la Iglesia todos los hombres eran Adán, todas las mujeres Eva, y el diablo andaba suelto por todas partes, la forma de extirpar el problema de raíz era aniquilando las mujeres, siendo a través de ellas que actuaba el demonio. Muy pocos hombres fueron acusados de brujería, y menos aún fueron muertos en la hoguera. Los pocos que sí fueron castigados eran por lo general parientes cercanos de una bruja convicta (y considerados, por tanto, cómplices) o incumbentes de posiciones políticas que no eran del agrado del obispo o del príncipe local. Como bien explica el *Malleus*, los hombres estaban a salvo de las maquinaciones del demonio, no sólo en virtud de su mayor inteligencia y pureza espiritual, sino porque Cristo había muerto para proteger y redimir a los hombres (en sentido literal) del pecado.

Kramer y Sprenger no escatimaron esfuerzos por demostrar que la misma naturaleza de la mujer la inclinaba a la maldad. Luego de citar numerosos ejemplos bíblicos en apoyo de esta teoría, los autores nos explican las razones por las cuales ella es más susceptible al poder de Satanás:

Y la primera es que ellas son más crédulas... La segunda es que las mujeres son por naturaleza más impresionables, y más dispuestas a recibir la influencia del espíritu maligno... La tercera razón es que ellas son sueltas de lengua y son incapaces de ocultar de las demás mujeres las cosas que han aprendido con sus artes diabólicas; y como son débiles, ellas encuentran en la brujería maneras fáciles y secretas de vindicarse... porque en estos tiempos esta perfidia (la brujería) es más comúnmente encontrada en las mujeres que en los hombres, como sabemos por nuestra propia experiencia, y si alguien tiene curiosidad de conocer la razón, nosotros agregaríamos lo siguiente a lo que ya hemos dicho: que como ellas son más débiles, tanto de cuerpo como de alma, no es sorprendente que ellas caigan con más frecuencia en los hechizos de la brujería.

En lo concerniente al intelecto, o a la comprensión de las cosas espirituales, ellas parecen ser de una naturaleza diferente a la del hombre; un hecho que ha sido atestiguado por la lógica de las autoridades, con el respaldo de numerosos ejemplos tomados de las Escrituras. Terencio nos dice: las mujeres son intelectualmente como niños.²⁴

Luego de describir las muchas otras imperfecciones y perversiones "propias" de la mujer, los Inquisidores llegan al grano del asunto, proporcionándonos esta reveladora conclusión:

Pero el motivo natural es que ella es más carnal que el hombre, lo cual nos está comprobado por sus muchas abominaciones carnales. Y debemos notar que hubo un defecto en la creación de la primera mujer, ya que ella fue formada de una costilla torcida... y que debido a este defecto ella es un animal imperfecto, ella siempre engaña... Y todo esto es revelado por la etimología de la palabra; porque **Femina** proviene de **Fe** y **Minus**, ya que es ella quien acepta y defiende la Fe con mayor fortaleza...

En conclusión: Toda brujería proviene de la lujuria de la carne, que es en la mujer insaciable... Por lo cual, con motivo de colmar sus lujurias, ellas se asocian con los demonios... (E)sta suficientemente claro que no nos debe sorprender encontrar más mujeres que hombres infectadas con la herejía de la hechicería... Y alabado sea el Altísimo quien hasta ahora ha preservado al sexo masculino de tan gran crimen.²⁵

El Ocaso de las Brujas

Para justificar la magnitud del exterminio (y ocho o nueve millones de mujeres representan muchos parientes, amigos, y simpatizantes a quienes convencer) la Iglesia requería más que postulados teológicos sobre la naturaleza infame de la mujer. Se hacía necesario crear una imagen verdaderamente atemorizante del enemigo, invocándolo como una amenaza pública que podía traer desgracia a la familia más devota, al hombre más casto, al niño más inocente. Para crear esta imagen pavorosa de la bruja, la Iglesia apeló a los relatos más morbosamente fantásticos (algunos de los cuales ya hemos visto), basándose en parte en las interpretaciones deformadas que las autoridades cristianas dieron a los ritos paganos y en parte en simples maquinaciones interesadas. Así surgió la versión mítica oficial de la bruja medieval, algunos de cuyos rasgos han sobrevivido en la leyenda de la mujer narizgona, de sombrero puntiagudo y vestido negro, que vuela con su gato montada en una escoba. Otros elementos de la leyenda han sobrevivido -en forma menos caricaturesca- en las creencias de los campesinos dominicanos, como veremos en la próxima sección.

Al arraigamiento de la versión oficial de las brujas contribuyó también de manera considerable el carácter que asumió la herejía pagana entre las devotas durante los últimos siglos del exterminio. En los primeros tiempos -tal vez hasta el siglo XV- las perseguidas eran verdaderas seguidoras de los antiguos cultos paganos,

muchas de ellas posiblemente involucradas en intentos de organización/rebelión campesina. Uno de los rasgos definitorios de esa bruja era su papel como curandera popular, que la hacía una persona querida y estimada en su comunidad. Pero la misma ferocidad de las persecuciones, junto a la sicosis demoníaca difundida por la Iglesia, transformó por completo el fenómeno, convirtiendo poco a poco el renacimiento pagano en una burda parodia del cristianismo. Esta fue la época del satanismo y las misas negras, de los hechizos malignos y los sacrilegios; la época en que las mujeres, cada vez más aisladas y desvinculadas de las verdaderas creencias paganas, manifestaban su odio anti-cristiano haciendo un travestismo de la religión del opresor. Muchas de ellas, confundidas con la propaganda cristiana, llegaban a convencerse de que estaban realmente bajo el poder del demonio y se entregaban a adoraciones satánicas, o se arrepentían de sus pecados y se ponían en manos del Santo Oficio. Lo que había empeñado como un grito de vida terminaba como un grito de muerte.

Para esta época no sólo la naturaleza de la herejía había degenerado, sino también la de la represión. De exterminar brujas la Inquisición había pasado a perseguir a toda mujer que de una u otra manera se desviara de la ortodoxia religiosa y moral establecida. De esta manera perecieron las adulteras, las lesbianas, las que pretendían incursionar en predios masculinos como las universidades y los gremios textiles. Cualquier intento de insubordinación femenina podía terminar en la hoguera.

En la medida en que la represión se generalizó, perdiendo su carácter exclusivamente teológico para convertirse en instrumento político de la autoridad masculina, la verdadera naturaleza de las persecuciones quedó al desnudo: no eran sólo las brujas sino las mujeres todas quienes se habían convertido en el enemigo implacable que la sociedad tenía que destruir, y en el proceso el patriarcado había encontrado en la hoguera el mecanismo idóneo para controlar y desincentivar la disidencia femenina. No puede ser casualidad que el ocaso de las brujas haya coincidido con la consagración del amor romántico, con sus trovadores y poetas, sus caballeros heroicos y su nuevo estereotipo femenino: la damisela pura y casta de los cuentos de hadas, cuya existencia se dedica a una dulce y pasiva espera por la llegada del príncipe azul. La quema de brujas había efectuado una especie de exorcismo en la siquis patriarcal, destruyendo el demonio que desde tiempos inmemoriales la había atormentado y dejando en su lugar el prototipo mítico y asexuado de la pureza virginal que sigue siendo el modelo cultural por excelencia de la femineidad.

2. La bruja de la leyenda campesina dominicana

En el mito de la perversidad femenina -que sigue siendo una

multifacética constante de la ideología patriarcal- quedó plasmada para siempre la misoginia ancestral que la tradición judeo-cristiana exacerbó, la Iglesia codificó en su doctrina, y la Inquisición llevó a su más extrema expresión. Siendo la maternidad la única cualidad que históricamente ha redimido a la mujer ante los ojos de la sociedad masculina, no podría existir mejor encarnación de este prototipo de perversión que la mujer infanticida -las Lilith y las Medea de tan ingrata recordación. El espectro de la infanticida dominaba el mito oficial católico sobre la bruja medieval, con su reputada afición a los sacrificios de niños y su apetito por la tierna carne humana, y este espectro ha sobrevivido como elemento central de nuestra leyenda campesina.

La bruja que habita los campos dominicanos suele ser una mujer post-menopáusica, demasiado vieja para encontrar redención en la maternidad.²⁶ Por razones inexplicables -como corresponde a ese ser irracional, la mujer- ella sentirá una poderosa inclinación hacia la maldad y buscará la compañía del demonio, a quien mediante un pacto formal entregará su alma. El proceso se inicia una medianoche que la mujer va a un cementerio o a un cruce de caminos e invoca el nombre de Satanás, quien la somete entonces a misteriosas y desconocidas "pruebas" para determinar si ella es apta para recibir el "don". Una vez terminado el rito de iniciación y acordado el pacto, la mujer deberá ofrendar una "prenda" en sacrificio como signo de lealtad a su nuevo amo, que suele ser una cabeza de ganado o un hijo de la nueva bruja, cuya identidad el mismo diablo revelará al pedirlo por su nombre. Consumado el sacrificio, la bruja quedará para siempre bajo el poder de Satanás, su alma condenada al suplicio eterno.

La bruja puede ahora dedicarse a satisfacer a plenitud su vocación infanticida, vagando en sus vuelos nocturnos en busca de niños tiernos cuya sangre consumir. La reversión del mito de la maternidad alcanza su expresión suprema en la bruja: mientras la madre nutre a su hijo de sus propias entrañas a través del cordón umbilical, la bruja clava sus dientes en el ombligo del niño para chupar su sangre y su vida.

A la hora de volar a la bruja cibaeña le salen alas, mientras que la del Sur se cubre con un manto negro y se sube a la tradicional escoba. Esta mujer, que en su vida cotidiana es una matrona común y corriente, podrá seleccionar una o varias víctimas que chupará regularmente hasta hacerla morir -a veces los hijos de una misma madre, que con frecuencia pertenece a su propia familia. Las brujas parecen tener predilección por sus propios nietos, además, lo que ha dado lugar a no pocos casos en que nueras enfurecidos asesinan a sus suegras tras la muerte inexplicada de algún hijo.²⁷ Sus víctimas suelen tener de uno a

dos años de edad, siendo raros los casos de chupadas de niños mayores de tres o cuatro años. Es interesante notar que, a diferencia de otros seres sobrenaturales como el galipote y el bacá, la bruja dominicana no actúa movida por preocupaciones terrenales como la venganza o el interés pecuniario. Sus actos no parecen tener más propósito que la maldad, lo que hace de su figura la personificación misma del demonio (la causa última de toda maldad). El escenario sobrenatural de los campesinos denota una clara ascendencia medieval, con el diablo interfiriendo en todo tipo de asuntos cotidianos y, como en el caso de las brujas, utilizando a las mujeres como vehículo.

Las brujas son extremadamente difíciles de combatir. Aun la madre más alerta no podrá evitar que su hijo muera porque a veces la bruja empieza a chupar a los niños in útero, sin que la madre lo pueda percibir. Su capacidad de hacerse invisibles o de desaparecer a voluntad las hace además casi imposibles de detectar, por lo que muchas veces la única evidencia de la presencia de una bruja es su aleteo perdido en la oscuridad. Entre las medidas que se pueden tomar para prevenir las visitas nocturnas de estos seres hay una gran preponderancia de simbolismos cristianos, a saber:

-Pintar una cruz en la pared o en la puerta de la habitación donde duerme el niño con azul de bolita.

-Untarle ajo al cuerpo del niño en forma de cruz, y/o amarrarle un diente de ajo como amuleto.

-Sembrar una mata de mostaza en la puerta de la casa para que la bruja no pueda entrar (ver Mateo 13.31 y 17.20; Lucas 13.19 y 17.6; y Marcos 4.31).

-Ir al monte sin hablar con nadie un Viernes Santo y cortar dos ramas de piñón para hacer una cruz, colocándola luego en la casa.

-Hacer cruces de ceniza en el patio, poniendo un limón partido en los cuatro extremos de la cruz.

-Colocar un crucifijo, unas tijeras, u otro objeto en forma de cruz debajo de la almohada del niño.

Como era de esperarse, en los relatos campesinos siempre aparece un hombre como el único capaz de revertir el daño hecho por las brujas, amén de ser hombres los que las cazan y las matan, en otra clásica reversión del orden natural: la mujer, única dadora de vida, en este caso la extingue, mientras el hombre es quien la protege y garantiza su permanencia. Así encontramos que contra los efectos de las chupadas lo más efectivo es

un brebaje de yerbas preparado por un curandero, que en la región noroestana recibe el nombre de "catapú".

Puntos de convergencia de los mitos

El hecho de que el mito se haya preservado en los campos dominicanos en circunstancias tan diferentes a las que le dieron origen en la Edad Media implica que debió, por necesidad, haber experimentado ciertas modificaciones en el transcurso de los siglos que lo hicieron compatible con la realidad cambiante. Algunos de estos cambios han sido más de énfasis que de fondo, al tiempo que muchos de los rasgos esenciales han permanecido prácticamente inalterados, como se ve a continuación:

a) **Pacto con el diablo:** En el contexto medieval, el pacto quedaba consumado mediante la ceremonia de iniciación de la neófita donde, además de copular directamente con el demonio, la bruja supuestamente participaba en sacrificios rituales y canibalismo de infantes. La versión dominicana, como ya vimos, también presenta una ceremonia de iniciación con la presencia de Satanás, que muchas veces implica el sacrificio de un hijo de la bruja. Igualmente importante es el hecho de que en ambos casos la iniciativa proviene de la mujer (o sea, el diablo no se apodera de ella sin su consentimiento), quien en lo adelante será instrumento del maligno.

b) **Licantropía:** Una de las revelaciones más sorprendentes hechas por las brujas medievales bajo la tortura de los Inquisidores fue la de que ellas podían volar. Para los Inquisidores esta fue la confirmación de todas sus sospechas encuanto a la peculiar relación de las brujas con la naturaleza, ya que el animismo de los paganos y su estrecha identificación con el mundo natural había dado origen desde tiempo atrás a la creencia de que las brujas tenían extraños poderes sobre las fuerzas naturales, y que podían transformarse en animales para hacer daño a los cristianos con impunidad. La realidad es que las brujas realmente creían que podían volar, debido a que en sus ritos religiosos consumían diversas drogas alucinógenas que inducían la sensación de vuelo. Como bien señala Dworkin,²⁸ por otra parte, la capacidad de levitar ha caracterizado los trances místicos de innúmeras religiones, incluyendo la católica, muchos de cuyos santos fueron reconocidos levitadores. Sorprendentemente, los campesinos dominicanos han preservado dos versiones diferentes de este elemento del mito: en el noroeste se cree que a las brujas les salen alas, tal como sospechaban los doctos teólogos medievales; en el sur, por el contrario, se preserva la versión del folklor europeo, donde la bruja vuela montada en una escoba.

c. Complementariedad de las dualidades bien/mal - mujer/

hombre: Recapitulando brevemente sobre un aspecto ya tratado, vale destacar dos puntos. En primer lugar, la Iglesia superpuso la dicotomía bien/mal a los sexos, identificando a la mujer con la maldad y el hombre con la bondad, y de paso elevando la misoginia al status de principio doctrinario. Ambos mitos reflejan esta síntesis, sobre todo en la medida en que son los hombres quienes asumen la tarea de combatir el mal, personificado siempre en una mujer. En segundo lugar, las fuerzas sobrenaturales que pugnan entre sí en ambos mitos representan nítidamente la misma concepción católica medieval del universo: una lucha incesante entre el demonio y la cruz, donde los abanderados del bien deben cumplir con el deber de destruir a toda persona identificada como instrumento del demonio.

d) Infanticidio y canibalismo de infantes: Si bien esta fue una acusación clásica contra las brujas medievales, nunca se constituyó en elemento central del mito, como en el caso dominicano. En la siguiente sección trataremos de explicar por qué en la evolución del mito campesino el infanticidio pasó a ser la misión única y definitoria de la bruja.

3. Una hipótesis en torno a la función social del mito campesino

Tal vez ningún factor ha contribuido tanto a la preservación del mito en la República Dominicana como el aislamiento en que ha transcurrido la vida campesina desde los primeros tiempos de la era colonial. Hace apenas unas pocas décadas que la agricultura de subsistencia, que actuaba como soporte imprescindible de este aislamiento, empezó a ser suplantada a gran escala por la explotación capitalista. Paralelamente a esta integración económica se inició el proceso de integración cultural, impulsado por los flujos migratorios y la difusión de los medios de comunicación masivos.

La tesis del aislamiento, sin embargo, no explica el por qué de la sobrevivencia de este mito en particular, sobre todo en vista de que su función original -justificar la represión de una herejía religiosa- pronto perdió su vigencia, si es que alguna vez la tuvo, en la sociedad campesina. Deben existir, por ende, otras razones que expliquen no sólo la especificidad de esta supervivencia, sino también el considerable cambio de énfasis experimentado por el elemento de canibalismo infantil del mito. El argumento que nos proponemos desarrollar en este sentido es que, tal vez de manera fortuita, el mito pudo ser adaptado funcionalmente a la realidad social campesina, donde ha cumplido un papel de enorme importancia permitiendo a esa sociedad racionalizar un evento que de otra manera resultaría inexplicable: la mortalidad infantil.

Consideremos, en primer término, los altos índices de mortalidad infantil presentes en el campo, y que con toda responsabilidad eran todavía más altos en épocas anteriores. La tasa de mortalidad se mantiene relativamente alta durante las primeras semanas de vida, cuando el niño es más vulnerable a las enfermedades infecciosas, para luego disminuir con bastante rapidez y a un ritmo que se mantiene firme hasta la etapa del destete, que en el campo suele ocurrir alrededor de los dos años. Es precisamente en esta edad cuando, casi de buenas a primeras, la mortalidad aumenta estrepitosamente, alcanzando sus niveles más altos.

Mientras el niño es amamantado, la leche materna le proporciona una nutrición inmejorable, especialmente rica en proteínas. Pero al ser destetado la dieta del niño campesino cambia radicalmente, desapareciendo casi por completo el contenido proteínico que es ahora suplantado por arroz, habichuelas y viveres. El resultado es una grave deficiencia de proteína animal, que es el tipo de desnutrición más prevaleciente en nuestros campos. Llamada *kwashiakor*, las manifestaciones externas de esta forma de desnutrición son precisamente las mismas que se atribuyen a las chupadas de bruja: descoloramiento de la piel y del pelo, que se torna rojizo o amarillento; hinchazón del vientre y de la cara; enflaquecimiento de las extremidades; inapetencia, etc.

Desconociendo estos factores nutricionales, la sociedad campesina ha desarrollado diversas racionalizaciones que le permiten comprender y aceptar el desmejoramiento experimentado por los niños y la alta mortandad que resume a partir de los dos años. Uno de estos mecanismos de ajuste es la creencia general en que el crecimiento de los dientes "atrasa" a los niños -lo que se basa, innegablemente, en observaciones muy lúcidas, ya que el crecimiento de los molares normalmente coincide con la etapa del destete. Otro mecanismo de ajuste, tal vez el principal, es la creencia en que los niños menores de siete años no tienen alma, es decir, no tienen conciencia del bien y el mal, y por eso son angelitos que van directamente al cielo cuando mueren.² Por esta razón la muerte de un niño no se debe llorar -se cree que el llanto le dificulta el camino al cielo- y al pequeño difunto no se le celebran los ritos funerarios tradicionales (velorio, nueve días, rezos, etc.). Con respecto a la edad a partir de la cual al niño se le empieza a considerar como "persona", en el sentido íntegro de la palabra, es bueno señalar que es precisamente a partir de los siete años cuando la mortalidad infantil alcanza sus niveles más bajos.

Es en este contexto de búsqueda de estrategias colectivas para contender con fenómenos inexplicables que debemos situar la creencia en brujas. Cuando un niño empieza a manifestar los

síntomas de desnutrición -y, más aún, cuando el niño muere- se culpa del hecho a fuerzas malignas contra las cuales los recursos humanos son muy limitados. Culpando a las brujas se alcanza un objetivo doble: primero, se explica adecuadamente la causa de la tragedia, que de otra manera sería mucho más difícil de aceptar; es decir, se busca establecer la secuencia de causa y efecto que es imprescindible para la comprensión racional de los hechos. Segundo, habiendo justificado adecuadamente el hecho, se exonera a la colectividad de toda culpa o responsabilidad -y, muy particularmente, se le evita a la madre el terrible sentimiento de culpa que sobrevendría por haber fallado ella en lo que la sociedad le ha asignado como su misión principal en la vida: la maternidad y la crianza de los niños.

La hipótesis de la mortalidad infantil, entonces, no sólo sugiere una razón poderosa por la cual la sociedad campesina ha preservado durante tantos siglos, y en un contexto tan disímil, el mito de las brujas, sino que además explica el por qué del cambio de énfasis experimentado por el elemento de infanticidio del mito original. Debe estar claro, al mismo tiempo, que esta adaptación no hubiera podido ocurrir ni perdurar en ausencia de una clara afinidad ideológica con la cosmovisión que subyace al mito -específicamente, con la concepción medieval de la lucha cotidiana entre Dios y el diablo, y sobre todo, la tradición de misoginia que sirve de contexto cultural al mito. Después de miles de años, Lilith sigue resonando en la oscuridad de la noche.

4. A manera de conclusión

La cultura campesina dominicana ha preservado durante siglos un mito inconfundiblemente medieval, y este hecho ilustra la manera en que las corrientes ideológicas persisten a través de los a pesar de las transformaciones que las sociedades sufran en otros respectos. Lo que los campesinos han preservado en su forma más rudimentaria, la sociedad urbana, demasiado sofisticada para cuentos de brujas, ha conservado de manera menos cruda.

Las actitudes hacia la mujer que dieron origen a este mito, y que a su vez fueron reforzadas y agravadas por él, tal vez nos parezcan ahora arcaicas y hasta risibles. Sin embargo, no hay que indagar demasiado en nuestra sociedad urbana y moderna para encontrar manifestaciones un poco más refinadas de todas estas ideas. Que para mucha gente el fenómeno pase desapercibido sólo demuestra cuán profundamente arraigada está la misoginia en nuestra cultura: la opresión la hemos internalizado de tal manera que ni nos percatamos de ella. Tal vez ya no emplearnos las mismas frases que los patriarcas bíblicos o los Inquisidores, pero al mismo tiempo es casi imposible encontrar quien no piense que la misión trascendental y suprema de la mujer es la maternidad.

Sin tener que recurrir a argumentos crudos (como el de la carnalidad, por ejemplo) para justificarse, la sociedad sigue reduciendo la mujer a su naturaleza biológica, a su sexualidad -y para comprobarlo sólo basta mirar cualquier anuncio comercial o cualquiera de las innúmeras películas pornográficas que se exhiben cada día. Pero al mismo tiempo, ¿quién en nuestra sociedad no concibe la "virtud" femenina en términos casi idénticos a esos propuestos hace más de dos mil años?

Las brujas medievales fueron exterminadas porque su búsqueda de autonomía, su rebelión contra la doctrina de la opresión, constituía una amenaza a la hegemonía política de la Iglesia y a los intereses de las clases dominantes, cuyos privilegios terrenales descansaban sobre la base ideológica que proveía la religión. Pero este exterminio no hubiese podido ocurrir de no haber estado toda la sociedad permeada de una ideología profundamente misógina que le sirviera a la Iglesia como punto de partida y justificación:

Ahora, sus herederas y hermanas, brujas del siglo XX, las feministas, sabemos que es preciso hacer germinar la propia palabra de mujer, creando una concepción del mundo alternativa, moldeada de nuestras experiencias e historia, para reinventar un combate nuevo que se sitúe por fuera del orden patriarcal y su voz de muerte, y que en plena rebelión e irreverencia socave las bases de su poder, rasgue las posturas de sus jerarcas y deje oír una gran carcajada de vida.³

NOTAS

1. Algo similar ocurre con otros fenómenos de antecedentes netamente europeos, como es la creencia en *galipotes*, figura ésta intimamente relacionada a la del hombre-lobo (*werewolf*) de la leyenda medieval, más tarde popularizada en la fábula de la Caperucita Roja.
2. Otros aspectos del fenómeno, como la posible asimilación de elementos africanos al mito dentro de la dinámica del sincretismo cultural, o su relación con otras figuras de la mitología campesina (como el *galipote* y el *bacá*), podrían ser mejor analizados por estudiosos del folclor dominicano.
3. Citado por Dworkin, p. 118 (traducción propia).
4. En torno a estas cifras ver Ehrenreich y English, p. 8; Morgan, p. 609; Dworkin, p. 130.
5. Ehrenreich y English, pp. 8-9.
6. *Ibid.*, pp. 9-10.
7. Tanto los períodos como las zonas geográficas donde con mayor virulencia se verificaron las persecuciones coincidieron con la ocurrencia de eventos históricos de gran trascendencia para la sociedad europea -desde rebeliones campesinas hasta la reforma protestante y los comienzos del capitalismo- eventos que señalaban el final del sistema feudal y el surgimiento de un nuevo orden social.

Este hecho de por sí indica que factores de orden político, económico e institucional debieron jugar un papel importante en la configuración del

- fenómeno, al tiempo de sugerir una multiplicidad de perspectivas para el análisis. Al concentrarnos en los aspectos ideológicos y culturales no pretendemos obviar la influencia de estos otros factores (algunos de los cuales son considerados en el siguiente análisis), sino enfatizar lo que a nuestro juicio constituyó la dinámica central de las persecuciones: el miedo, el recelo, el verdadero terror que la figura de la mujer -tal como ha sido percibida y definida desde tiempos inmemoriales por la mente masculina- inspira en la cultura patriarcal, racional y cristiana de Occidente.
8. Algunos autores han especulado, por ejemplo, que el culto a la Virgen María probablemente surgió de su identificación con la diosa Tana.
 9. Ehrenreich y English, p. 11.
 10. Victoria Sau (p. 8) nos informa que su personalidad y su nombre ("monstruo de la noche") se derivan del demonio asirio-babilónico Lilit o Lilu. También cita el trabajo de Theodor Reik en torno al mito:

Según la leyenda, la primera esposa de Adán permaneció a su lado un corto tiempo y luego lo abandonó por haber insistido en gozar de completa igualdad con su marido. Escapó y desapareció, convirtiéndose en aire tenue. Adán se quejó al Señor diciendo que su mujer lo había abandonado; los ángeles la encontraron después en el Mar Rojo. Lilit, sin embargo, rehusó volver junto a su esposo y quedó viviendo como un demonio que injuria a los recién nacidos.
 11. No importa cómo los modernos quieran interpretar el mito bíblico de la creación, resulta obvio que la intención original era representar el coito como el pecado original -y así fue interpretado durante siglos, sin ambage alguno.
 12. De hecho, la palabra *virtud* significa *virginidad* en latín.
 13. No hay que confundir las antiguas sociedades paganas, de las cuales en la Edad Media solo quedaban pequeños núcleos dispersos en lugares remotos, con el renacimiento de los cultos paganos entre las campesinas feudales que luego serían incineradas acusadas de brujería. Sin embargo (como dijimos antes), la memoria colectiva del campesinado había preservado innumerables elementos de la religión/cultura paganas, y hay evidencias de que en algunos lugares sí había comunicación entre las campesinas y las paganas. En esta época, la menor evidencia de que una campesina hubiese visitado una aldea pagana representaba una condena a muerte segura para la campesina (y es a través de los relatos de los Inquisidores que ha llegado a nosotros la información sobre estos contactos).
 14. En agudo contraste con las religiones patriarcales nacidas en el Oriente Medio, donde, en un mayúsculo travestismo del orden natural, aparece una divinidad masculina creando la mujer.
 15. Ehrenreich y English, p. 8.
 16. Ibid, p. 17.
 17. Ibid (traducción propia).
 18. Es interesante notar que en esta época una de las principales objeciones de la Iglesia al aborto era que le evitaba a la mujer los sufrimientos que enfrentaría más tarde en el parto, violando así la disposición divina: "Y parirás tus hijos con dolor..." Para ilustrar la seriedad con que los cristianos tomaban este asunto basta mencionar que en 1591 una comadrona inglesa de nombre Agnes Simpson fue quemada viva por haber intentado reducir el dolor de parto con laudano (Rich, p. 117).
 19. Uribe, p. 16.
 20. Todas las citas son del *Malleus Malleficarum*, citado por Dworkin, pp. 132-133 (traducción propia).

21. *Malleus Malleficarum*, citado por Ehrenreich y English, p. 10 (traducción propia).
22. Citado por Dworkin, p. 140 (traducción propia).
23. Las ceremonias religiosas de los antiguos paganos incluían adoraciones totémicas, danzas en honor a la diosa Tana (en recuerdo de las cuales se dice surgió la prohibición de bailar entre los calvinistas y otras sectas puritanas) y, luego de un banquete, el rito de iniciación de las nuevas adeptas. Esta parece haber sido una ceremonia sagrada dedicada a la fertilidad donde los participantes inducían trances extáticos mediante drogas, y donde las nuevas adeptas copulaban ritualmente con el líder religioso o sacerdote. Vestido con pieles de animales y adornado con una máscara de venado, el sacerdote representaba la divinidad fálica de los paganos, y para el rito utiliza un falo artificial -del cual se decía era muy doloroso.

Aunque no se sabe a ciencia cierta qué hacían las brujas medievales en sus reuniones, parece poco probable que estos antiguos ritos siguieran practicándose en las aldeas cristianas del siglo XIV o XV -lo cual no impidió que la imaginación febril de los Inquisidores les imputara estos y otros actos (orgías colectivas, bestialismo, et al). En todo caso, de estas maquinaciones interesadas nació la representación medieval del demonio que sobrevive hasta nuestros días, con las pezuñas, cuernos y rabo de la divinidad fálica pagana.

24. Citado por Dworkin, pp. 131 - 132 (traducción propia). Las "autoridades" a cuya lógica se refieren son Aristóteles y sus discípulos medievales, en particular Tomás de Aquino.
25. Citado por Ehrenreich y English, p. 12 (traducción propia).
26. Los rasgos esenciales de la leyenda campesina son similares en todas partes, aunque ciertos detalles varían bastante de una región a otra. La versión que aquí utilizamos, que sintetiza los elementos comunes sin perder de vista algunas de las variaciones, recoge testimonios provenientes de diferentes puntos de la geografía nacional: La Ginita, provincia de Santiago Rodríguez; El Naranjo, paraje de Las Matas de Farfán, provincia de San Juan de la Maguana; Limón del Yuna, provincia de María Trinidad Sánchez; y Estero Hondo, provincia de Puerto Plata.
27. El asunto de las brujas no es mero colorido folklórico. Entre los testimonios recopilados para este artículo aparecen varios casos de atentados contra la vida de supuestas brujas, incluyendo uno donde una anciana senil se extravió de su comunidad y fue encontrada por agricultores de otro paraje que trabajaban un conuco remoto. La anciana fue llevada al poblado, donde durante horas los principales padres de familia debatieron si matarla o no. Sólo la intervención oportuna de la promotora de salud local, que corrió al pueblo a buscar a la policía, impidió que la mujer fuera decapitada a machetazos -el método usual para eliminar las brujas en esa zona de Santiago Rodríguez. La anciana, brutalmente golpeada e incapaz de hablar, fue reclamada días después por sus parientes en el destacamento policial de Villa Los Almacigos.

La informante de Las Matas de Farfán relata haber escuchado a su abuelo contando cómo se preparaban las hogueras para quemar las brujas de su infancia, plenamente convencido de que el castigo era justo y merecido. Asimismo, en un incidente ocurrido hace poco tiempo en Los Alcarrizos, Distrito Nacional, un hombre apuñaló por la espalda a su vecina -una mujer de mediana edad, sin hijos- tras la muerte repentina de su hijo menor. La puñalada cercenó la espinal dorsal, dejando a la mujer paralítica para el resto de su vida.

28. Págs. 148-149.
29. Los entierros cantados de niños o "baquinises", se acostumbran en diversas partes del país. Una canción de baquini recopilada por la autora en

la provincia de Puerto Plata dice: "Cuando un niñito se muere/no se debe de llorar/ lo siento que va pa'l cielo/ pa' la gloria a descansar".

30. Uribe, p. 20.

BIBLIOGRAFIA

- Agonito, Rosemary. *History of Ideas on Woman*, New York: Peri-gee Books, 1977 (tercera impresión).
- Dworkin, Andrea. *Woman Hating*, New York: E. P. Dutton, 1974.
- Ehrenreich, Barbara y Dierdre English. *Witches, Midwives and Nurses. A History of Woman Healers*, Old Westbury, N.Y.: The Feminist Press, 1973.
- Morgan, Robin (Ed.) *Sisterhood is Powerful. An Anthology of Writings from the Women's Liberation Movement*, New York: Random House, 1970.
- Rich, Adrienne. *Of Woman Born. Motherhood as Experience and Institution*, Bantam Books, 1981.
- Sau, Victoria. *Aportaciones para una lógica del feminismo*, Cuadernos Inacabados #7, Barcelona: la Sal, edicions de les dones, 1986.
- Uribe Pacheco, Flora María. "Magas, Brujas y Feministas: Historia de una Rebelión", en *Brujas. Las Mujeres Escriben*, Medellín, Agosto de 1983.